

OBRA LITERARIA DE RICARDO MIRO
CUENTO

TRES APOLOGOS

EL VIEJO

Yo iba por un ancho camino lleno de sombra y de paz. Bajo mis plantas, la arena de la senda brillaba como oro en polvo en aquel maravilloso día de primavera. . .

En una revuelta del camino vi delante, sentado sobre una piedra blanca como un altar, a un anciano de barba blanca como aquella piedra y de ojos azules y profundos como el cielo. Parecía un sacerdote de los antiguos tiempos, en oración.

—Buenos días, buen hombre —le dije al pasar.

—Buenas tardes, joven— me respondió el anciano.

Y me detuve, sorprendido. Lo miré, luego miré al cielo y vi que, en efecto, el crepúsculo se apagaba en el Océano. Yo no había advertido que el día tocaba a su fin. . .

—Qué llevas en la mano?— me preguntó el viejo. —Es acaso una flor? . . .

—No buen hombre: es mi corazón. . .

—Haces mal, y si no lo guardas, se te deshojará en el camino. Ahora bien: como has tenido virtud para sacártelo del pecho, la tendrás para llevarlo en adelante entre tu cabeza. . .

—Señor: vos no sois honrado. . .

—Veo que eres sincero, joven.

—Señor, mi lengua no puede desobedecer lo que mi corazón le manda.

—Haces mal, joven, La sinceridad es la peor de las impertinencias. Si tu superior te pide su aprobación a cualquiera de sus actos, apruébalo, porque si te permites opinar te odiará y te perseguirá. Límpiase los dientes aunque no hayas comido, porque si le pides un duro a un amigo diciéndole que tienes hambre, no te lo dará y te despreciará. Si quieres a una mujer, no le confieses nunca que sólo tienes un pan que compartirás con ella, porque se reirá de tí y se irá con los que le ofrezcan diamantes y no le den luego ni el pan

que tú le ofreciste. Si la mujer de tu amigo le es infiel y todos lo burlan, no se lo digas, porque te llamará calumniador y te matará para lavar la honra de su mujer. Si. . .

--Señor, pero eso es horrible.

--Es la verdad. Conque si quieres ser feliz, lleva el corazón en la cabeza y la mentira en los labios.

--Cómo os llamáis, señor?

--Yo soy El Desengaño --dijo el viejo. . .

Y desperté. Me latía la cabeza de dolor y me ardían los labios de fiebre, y por un momento pensé que llevaba el corazón en la cabeza y la mentira en los labios.

NOTA BIBLIOGRAFICA:— El Viejo fue publicado por primera vez en la Revista Nuevos Ritos, Año II, número 34 del 31 de Agosto de 1908.— Páginas 796 y 797.

EL HOMBRE QUE OLIA A ROSAS

Los dos viejos se encontraron en un largo camino, el camino, quizás, que nunca se desanda y que todos cruzamos una vez, en viaje hacia la Eternidad. El uno era grave, largo y seco como una rama donde nunca floreció la enredadera de una ilusión. El otro era fresco y perfumado como una flor y alegre como una jaula de pájaros cantores. Al pasar se saludaron. El viejo seco y grave se detuvo, aspiró ávidamente en la brisa y se volvió sorprendido.

—Perdonadme, señor —dijo.

—Me hablas?— inquirió el otro cariñosamente.

—Si: perdonad mi curiosidad. Sois vos quien huele a rosas recién abiertas?

—Eso dicen, señor, todas aquellas personas a las cuales me acerco.

—Rara es vuestra respuesta.

—Escuchadme: ese perfume a rosas que vuestro olfato advierte ha ido infiltrándose en mí poco a poco. Al principio, apenas si lo noté. Hoy, como hace tanto tiempo que viajo envuelto en esa onda de eterna Primavera, yo mismo no puedo darme cuenta de ello.

—Y decidme, señor: a qué debéis esa divina gracia?

—Al amor. Yo amé entrañablemente las rosas.

—Es extraño. . .

—Decís?

—Que es extraño. . . Yo también amé las rosas sobre todo lo que hubo en la vida. . .

—Es extraño. . .

Tras un breve silencio de meditación, el viejo perfumado como una flor, interrogó:

—Decidme, señor: cómo amásteis vos las rosas?

—Con el amor más puro y más santo que puede darse en alma humana. Dondequiera que mi vista descubrió un botón, un capullo,

me extasié en la contemplación de esa pequeña maravilla que sólo la imagen de un Dios todopoderoso pudo crear. Jamás mi mano se atrevió a mancillar la pureza de una rosa; y cuando las vi palidecer sentí la misma amargura que ellas mismas debían experimentar al ver que se marchitaban, y cuando las vi deshacerse y convertirse en juguete de la brisa, mi corazón sangró siempre de amargura. Nunca jamás. . .

—Perdonadme.

—Hablad.

—Creo que os habéis equivocado —replicó gravemente el hombre que olía a rosas.

—Decís?

—Que os habéis equivocado lastimosamente. Yo donde vi un botón o una rosa, los tomé, los separé de la rama y los coloqué sobre mi corazón. . . ¡Cuántas veces un botón se abrió sobre mi pecho y fueron para mi su primer rubor y su primer perfume!. . . Cuando advertí que una rosa estaba próxima a marchitarse, la quité de mi pecho y la coloqué cuidadosamente en mi alcoba, dentro de un vaso de agua, y con mimos y cuidados traté de prolongar su vida hasta donde pudiera prolongarse. Jamás una rosa mía se deshojó. Cuando estuvieron marchitas, las guardé cuidadosamente, primero en mi cartera y después en un gran estuche de terciopelo donde las tengo todas clasificadas, con fecha de posesión, sitio y hora donde la encontré y todo aquello, en fin, que pueda traerme un recuerdo grato del pasado. Yo vivía entre un ambiente de rosas. Olía a rosas yo, olía a rosas, mi estancia, mi ropa, la atmósfera que me rodeaba, todo, porque Dios hizo las rosas para perfumar y yo tomaba de ellas todo lo que podían darme. Ellas, agradecidas quizás, se extenuaban de amor —que en ellas se llama perfume— por mí. Yo calculo la angustia infinita, la honda desesperación de las rosas que Dios puso al alcance de vuestra mano y que vos dejásteis agonizar en la rama. Quién sabe si vos encendísteis un relámpago de odio en sus pobres corazones, hechos sólo para amar. Os habéis equivocado— y el hombre que olía a rosas acabó severamente:

— ¡Habéis ofendido a Dios y a las rosas!

—Pero aun pudiera. . .

—No, no: os engaños. Para oler a rosas precisa haber consagrado una existencia a aspirar el perfume que ellas ofrecen y nuestros días están ya contados.

—Entonces. . .

—Llorad el haberos equivocado, porque el error de toda una vida no puede subsanarse en el último peldaño de ella. La vida no se desanda.

Y el viejo olía a rosas se alejó por el camino. Y los pájaros cantaban y el camino se perfumaba como un jardín.

NOTA BIBLIOGRAFICA:— *El Hombre que Olía a Rosas* fue publicado por primera vez en la *Revista Nueva*, Tomo V, número 3, correspondiente al mes de septiembre de 1918. Páginas 726, 727 y 728.

LA GRAN RAZON

El Rey hizo comparecer al tribuno a su presencia.

--Sé que me has insultado, —dijo.

--Cierto, señor; pero he dicho la verdad.

--Has dicho la verdad cuando has afirmado que soy un déspota?

--La verdad, señor.

--Pero no te he sentado a mi mesa y te he dado de mi pan y de mi vino?

--Cierto, señor; pero hace ya tanto tiempo. . .

--Pero yo te colmé de honores.

--De los cuales no me queda ninguno.

--Y tuve yo la culpa de que tú fueras prostituyéndote y descendiendo hasta donde hoy estás?

--Sí, señor.

--Pero tú estás loco?

--No, señor: estoy cuerdo.

--Cuando más me debías me traicionaste.

--Cierto, señor; pero yo creía beneficiarme y, naturalmente hacer un bien a mi Patria.

--Pero es el colmo del cinismo.

--No, señor: es el colmo de la sinceridad.

-- ¡Traicionar a un amigo!. . .

--Vos no sois amigo de nadie, señor.

--Pero óyeme. . .

--Yo no oigo, señor.

--Bien: levanta la frente y véme.

--Yo no veo, señor.

--Pero qué te pasa, dí, qué tienes?

--Hambre, señor, hambre!

CUENTOS VARIOS

EL TRIUNFO DEL IDEAL

Tendido perezosamente sobre el ancho diván de terciopelo carmesí, José Antonio Conde seguía con distraída mirada las azules espirales de humo de su cigarro que subía caracoleando y esfumándose hasta desvanecerse por fin antes de llegar al cielo-raso de la amplia habitación que le servía de estudio.

Sobre las paredes, en artístico desorden, había lienzos inconclusos, bocetos de viejos semblantes bíblicos, cabezas viciosas de hombres abyectos, rostros tristes de mujeres que habían sido vencidas por la miseria y cuerpos flácidos de niñas, cuyos rostros de bocas abiertas y ojos asombrados decían a los curiosos que se desnudaban inocentemente para llevar el precio de su trabajo a la madre ciega o al hermanito enfermo.

Ocupaba el centro del estudio un hermoso bastidor que representaba la muerte de Desdémona, dada por el celoso Otelo. Desdémona parecía dormir. Su boca, que comenzaba a tornarse lívida, una boca abierta desesperadamente pidiendo aire, estaba marcada por una mueca dolorosa.

Atrás, Otelo, con las cejas contraídas, empuñando febrilmente un puñal que llevaba en el cinto, posaba su mirada feroz sobre el pálido rostro de la muerta. A través de su frente se veía bullir la ola avasalladora de sus injustos celos; una satisfacción infinita, fruto de su brutal venganza, y allá, como comienzan a aparecer las primeras luces de una aurora de invierno, se adivinaba algo que tal vez pudieran ser los albores de un arrepentimiento tardío. ...

José Antonio Conde era un joven artista de grandes esperanzas. Armado de unos cuantos pinceles y una paleta, se arrojó al redondeo de la lucha y su peregrinación a través de las sendas del arte, más escabrosas cuando se principia, fue una marcha triunfal. Había logrado trasladar a sus lienzos expresiones tristísimas bajo las cuales se divinaban historias mudas de dolores asesinos; rostros de niñas inocentes en cuyas frentes blancas se traslucía la pureza de sus almas

castas y plácidas como las noches de luna. De ovación en ovación, de triunfo en triunfo, había llegado a la meta, arrebatando el primer premio de la exposición de las manos de los viejos maestros encanecidos en las luchas de la inteligencia.

A pesar de todo aquello, él no estaba contento. Su orgullo de artista, su orgullo de artista que siente y se encuentra capaz de trasladar al lienzo, intactas, las creaciones de su mente, le pedía más. Triunfar una vez podía haber sido obra de la casualidad, y él quería triunfar dos, tres, cuatro veces. . . Quería triunfar siempre. . .

Entonces concibió la idea de hacer una obra sublime, extraordinaria, una cosa nunca vista, algo que no hubiera tenido precedente en la historia del Arte. Escogería la muerte de Desdémona en el instante en que la bella veneciana se desploma balbuceando:

— ¡ Muero inocente!

La boca de Desdémona debería estar entreabierta por una mueca extraña de dolor; un ligero estremecimiento y un largo suspiro son las únicas señales que acusan que ha pasado a la vida eterna. Las sonrosadas carnes de Desdémona comienzan a tornarse lívidas y rígidas. En suma: quería que en su lienzo se advirtiera la transición de la vida a la muerte; que las carnes se vieran palidecer paulatinamente; quería que en torno de su cuarto flotara un ambiente sofocante de tragedia, unido al perfume misterioso de la carne joven que deja de vivir. . .

Por largo tiempo acarició en su mente aquella idea sin atreverse a darle forma práctica: temía una derrota íntima y su orgullo de artista aplaudido se sublevaba furioso.

Al fin se decidió y preparó el bastidor porque sabía que iba a triunfar; pero entonces un obstáculo en el cual no había pensado se alzó delante de él con los brazos abiertos, como cerrándole el paso. . . ¿Dónde podría encontrar un modelo como lo necesitaba? . . . Las que le habían servido hasta la fecha eran hetairas impuras a través de cuyas carnes viciosas se entreveía el fuego implacable que las devoraba en silencio; niñas vírgenes que aún no habían acabado de formarse, y él necesitaba una mujer, una mujer plenamente modelada, pero pura, con esa pureza que se extiende a las líneas más insignificantes y a las medias tintas más pálidas. . . Entonces pensó en Julia, su dulce y su castísimas esposa. Nadie mejor que ella podría ayudarlo a salir triunfante en aquella ocasión.

Ella era dócil como la cera blanda, y riendo candorosamente

convino en complacerlo en lo que le pedía.

Todos los días, Julia Cardenal comenzaba a desnudarse mientras una sonrisa embarazosa abría su boca y las tintas del rubor teñían sus mejillas. Y cuando aparecía radiante en toda su desnudez aquel cuerpo correctísimo de Venus de Milo, embellecido por el suave fulgor que irradiaba su alma blanca y casta, hasta ella doblaba la frente, como avergonzada de su propia belleza. Después se tendía sobre el amplio canapé, medio tapada con un fino cobertor para que José Antonio arreglara convenientemente los pliegues de la tela que la cubría con timidez, como avergonzada de interponerse entre los ojos y los suaves encantos de la joven; luego él le daba abandono a la cabeza, languidez a las extremidades y entonces, retirándose, continuaba febril la obra en la cual trabajaba con tanto ardor. Siempre que remataba con pureza una línea o daba un toque feliz, se echaba hacia atrás para ver el efecto y orgulloso y contento corría donde Julia y le daba un beso en la frente.

No descansaba de trabajar un momento y la obra seguía adelante rápidamente, llenando el alma del artista y de la modelo de un gozo infinito.

Un día, José Antonio Conde recibió un telegrama de su padre que decía: "José Antonio: tu madre se muere".

José Antonio arregló precipitadamente una maleta y, llena el alma de la profunda pena que le causaba la fatal noticia, se despidió de Julia con un beso largo y tomó un coche que debía conducirlo a la Estación.

A los pocos días, Julia Cardenal recibió una carta de su esposo. Le decía que su madre se había mejorado notablemente con su presencia y que ya estaba fuera de riesgo; terminaba pidiéndole noticias de Desdémona. Le preguntaba si la había visto, si siempre encontraba el cuadro bueno. . .

La segunda carta no se hizo esperar. Le participaba que su permanencia al lado de sus padres duraría un mes por lo menos; que su madre no quería que se separara de su lado y pretextando que temía una gran desgracia, pero le prometía convencer pronto a su madre del ningún fundamento que tenían sus temores. Terminaba preguntándole por su Desdémona y le recomendaba que se la cuidara y visitara todos los días limpiándolo cuidadosamente. . .

Al fin, Julia Cardenal recibió un telegrama en el cual José Antonio Conde le anunciaba que salía en ese momento y debía llegar en el

tren de la tarde. Ella salió a recibirlo a la escalera y se confundieron en un estrecho y ternísimo abrazo porque era la primera vez que se separaban desde el dichoso día en que se unieron para siempre. . .

— Cómo está mi Desdémona, Julia? — fue lo primero que preguntó Juan Antonio.

— Buena, hombre, buena — replicó ella, y continuó:— Sabes que me estoy poniendo celosa de la muerta? . . .

— ¡Bah!. . . No seas tonta — dijo él con cariño, y soltándose de sus brazos se dirigió al Estudio, impaciente por volver a contemplar su obra predilecta.

Llegó delante del caballete y descubrió el cuadro; retiróse unos cuantos pasos y quedó aterrorizado.

Aquel no era su cuadro, ni esa la obra de tantos desvelos. Había pintado una Desdémona muerta, cuya boca entreabierto por un gesto extraño dejaba adivinar el profundo dolor que le causó la injusta acusación del ser adorado, triunfante sobre los dolores físicos de su muerte; había pintado carnes demacradas, amarillas y rígidas; carnes quietas y dormidas de muerte, y aquella boca no acusaba dolor, y bajo aquellas carnes, un tanto pálidas, se veía circular la vida. Su Desdémona estaba dormida, pero no muerta. Había pretendido pintar una mujer que acababa de morir y había pintado una anémica. Y se mesaba desesperadamente los cabellos al ver derrumbarse en un momento el castillo formado a costa de tantas fatigas y desvelos. . .

Pero. . .Cómo era que él no había notado antes tales imperfecciones? Cómo era que aquella obra gigante, de la cual no había apartado los ojos un momento durante dos meses consecutivos, y que él se imaginaba representativa de un dolor horrible e instantáneo le aparecía ahora como un cuadro bello, pero sin ninguna expresión? La escena siniestra que él llevaba en la mente horrorizada y la que había pintado enternecía. . .

Por qué, se preguntaba sin cesar, por qué? . . .

Al fin, la luz se hizo, y él dobló la frente porque era el único culpable.

Durante más de dos meses, había trabajado sin cesar en su grandiosa concepción: pero, ¡ ay!, su vista, cansada con la continuidad de aquel trabajo aniquilador, se hizo incapaz de apreciar la

diferencia que existía entre lo que pintaba y lo que forjó su fantasía. Cuando entornaba los ojos para estudiar el cuadro en conjunto, lo encontraba sublime porque veía que él llenaba por completo su cerebro.

Hoy, después de un descanso de un mes, después de un largo paseo por el campo, en donde a solas con su ideal tal vez lo había embellecido un poco más en sus horas de sueños, al presentarse delante de su cuadro la frialdad de la pintura le había helado el alma, produciéndole una decepción horrible.

Su Desdémona tenía vida, y eso le probaba que él era tan sólo un copiador vulgar. Y la sombra de su prematura impotencia y de su inesperada derrota se le presentaba ante los ojos, terrible y asustadora. ..

Sus noches eran febriles y se revolvía en el lecho sin poder conciliar el sueño. A veces quería continuar su obra para corregirla poco a poco, y cuadrándose delante de Julia Cardenal, armado de sus pinceles, le decía:

— Más, más dolor. . .No; así — no. . . y tiraba la paleta al suelo y salía desesperado del Estudio.

Entonces Julia lloraba su abandono, con la cabeza escondida entre las manos, sublime en medio de su desnudez, como la bella enamorada del Rey de Itaca. . .

-- Si yo pudiera conseguir una modelo. . . — pensó una vez Juan Antonio — Una modelo muerta, pero muerta sufriendo un dolor moral horrible, como la infeliz Desdémona.

Y aquel deseo, vago al principio, fue haciéndose avasallador y único en su mente. Era una idea tenaz que le golpeaba el cerebro con el repiqueteo incesante e irresistible del timbre de un despertador.

La aurora lo sorprendió en el lecho con los ojos abiertos, atormentado por el terrible pensamiento que lo torturaba, oprimiéndolo con su implacable garra.

— ¡ Si yo pudiera encontrar una modelo muerta!

Ya no le dirigía la palabra a Julia Cardenal y cuando entraba al Estudio sus ojos de loco se posaban sobre la obra abandonada y

una lágrima le surcaba el rostro. Huía de sus amigos y en la noche se le oía hablar solo y gesticular como un monomaniaco.

Fue al amanecer de una terrible noche de desvelo y de dolor. Se levantó con los ojos abiertos e inyectados: con el semblante iluminado por una sonrisa horrible y fatídica. Por entre las corridas cortinas entraba la luz de la mañana con tintes de crepúsculo.

— ¡Ah, yo tendré modelo!. . . — dijo riendo horrosamente. Y andando de puntillas se dirigió a la alcoba de su esposa. Julia Cardenal sonreía, soñando quizá con el próximo triunfo de su querido esposo. José Antonio se detuvo al pie del lecho y murmuró:

-- Desdémona, vas a morir. . .

La joven se revolvió en el lecho y abrió los ojos.

— José Antonio. . . — musitó dulcemente.

Pero él permaneció mudo, con la aterradora mirada fija sobre el semblante de su esposa.

— Qué tienes, por Dios, José Antonio ? Qué te pasa? . . . — dijo ella, asustada, mientras se incorporaba en el lecho.

— Qué me pasa?. . . Y eres tú, perjura, quien lo pregunta? Qué tengo?. .. Sed de venganza, horrible deseo de muerte que tú tan sólo puedes aplacar. — Y avanzó hacia Julia extendiendo sus brazos de atleta.

Ella retrocedió aterrada, con los ojos abiertos, como buscando un abrigo entre los cortinajes del lecho, pero al fin la pared le cerró el paso.

Entonces José Antonio avanzó, rojo de ira, echando espumarajos por la boca y tomándola por una mano, la atrajo hacia sí y la apretó con furia.

Ella se defendía forcejeando con desesperación entre sus brazos, que cada vez estrechaban más el anillo de hierro con que lo ahogaban, y cuando ya no pudo resistir, hundió sus sonrosadas uñas en el pecho de José Antonio, como último medio de defensa.

Aquello acabó de enfurecer al loco, que haciendo un supremo esfuerzo, oprimió, oprimió el cuerpo de Julia Cardenal hasta que los huesos crujieron y la joven dobló la cabeza sobre su pecho sudoroso.

José Antonio abrió los brazos y la dejó caer: estaba fatigado. . Permaneció unos cuantos minutos inmóvil; luego, tomando nuevamente el cuerpo de su esposa, se dirigió al estudio y lo tendió sobre el ancho canapé, medio tapado con el fiero cobertor.

El primer rayo de sol lo encontró trabajando febrilmente en la obra tremenda que ideara en sus sueños de artista aplaudido.

Reía feliz, con risa de loco, porque ya tenía el modelo que necesitaba.

NOTA BIBLIOGRAFICA:— *El Triunfo del Ideal* aparece por primera vez en *El Heraldo del Istmo*, revista ilustrada, año II, número 26, correspondiente al 31 de Enero de 1905, páginas 12 y 13.

ALMA ENFERMA

No es un cuento fruto de la imaginación de esos que uno escribe al correr de la pluma y que va desarrollando a medida que traza un nuevo renglón, no. Es una historia triste, dolorosamente triste, sufrida por una alma viuda, por una de esas almas enfermas que, como aves ciegas, vuelan por mucho tiempo a través del infinito sin encontrar la dulce compañera de sus sueños y que una vez que la encuentra la vuelve a perder en una noche de tempestad; una historia cruel sentida por el alma incomprensible y enigmática de mi amigo Saulo, el eterno melancólico, el impertérrito taciturno.

Su carta es muy amarga y la narra brevemente.

Todos los martes, dice, a la hora en que salía aquél vapor, la encontraba recostada a la baranda del muelle viendo con ojos entristecidos el horizonte donde se hundía el vapor lentamente, dejando en el cielo rojo su larga y sombría cabellera de humo negro.

Aquella mujer me fue interesante. Que buscaba allí? Bajaba a entregar a los conocidos cartas para sus padres o quizás para algún amante que la suerte alejó de su lado? Era, acaso, un deseo vehemente de admirar de nuevo las costas de su Patria lejana? Yo no lo sabía entonces, pero adivinaba a través de todo aquello una historia de dolor que me hizo pensar en ella muchas veces.

Un día le hablé. Qué le dije? Yo lo ignoro, pero debió ser una tontería porque tampoco recuerdo su respuesta. Después la vi en la calle sus ojos brillaron de alegría y me saludó sonriendo; me detuve para verla pasar y su rostro se volvió varias veces y nuestras miradas se encontraron otras tantas. Después, nada: ella se perdió entre los transeúntes que pasaban por la acera y yo seguí distraído llevando el convencimiento de que aquella mujer me amaba.

Traía a la memoria el rostro de mi amiga y veía que con sus grandes ojos negros de sedosas pestañas, con su tez morena y sonrosada y sus labios finos y rojos era digna de ser amada por cualquiera.

Y quién podría decir que esa mujer no era ella, la soñada, la esperada por tantos años? . . . Creo que con el primer soplo de esperanza comencé a querer a Gilma.

Después la ví varias veces y sus ojos me miraron siempre tiernos y acariciadores, pero creí advertir a través de la pupila como un al-borear de desconfianza, como si temiera no haber despertado en mi corazón un sentimiento análogo al suyo. Yo la amaba sinembargo, pero me dejaba querer temeroso de romper aquella nueva ilusión como había roto tantas otras.

El día temido llegó al fin: fue un Martes de Carnaval. Yo iba cabizbajo pensando, tal vez con envidia, en la alegría de los demás, cuando oí que me nombraban, alcé el rostro y me encontré con mi amiga. Cómo sabía mi nombre? Después me lo contó todo: ella había averiguado cómo me llamaba; sabía que yo era un triste incurable que caminaba en pos de una quimera y quería consolarme algún tiempo si no tenía poder suficiente para curarme del todo. Aquella noche gocé mucho, tanto como nunca me lo imaginé en mis sueños de dicha. Gilma también estaba radiante de felicidad de tal modo que su alegría me molestaba. Pobre! Ella, lo mismo que yo, tenía un espíritu enfermo y ansioso de encontrar otra alma hermana.

Qué más te puedo decir? He sido tan feliz, que la felicidad me ha ahogado. Gilma se amoldaba a todas mis exigencias y caprichos con una sonrisa encantadora. Aquella docilidad llegó a molestarme; hubiera deseado alguna resistencia que hubiera hecho entrar en calor a mi corazón que se moría de frío y de inacción.

Un día le pedí que no me quisiera tanto y abrió los ojos lleno de extrañeza, como si no comprendiera lo que le decía, y al fin rompió a llorar amargamente abrazándose a mí con desesperación.

Entonces comencé a pensar que la separación se imponía si quería salvarme. Las primeras ráfagas de hastío comenzaban a soplar en mi alma, y comprendí que había que sacrificar el presente si quería asegurar el porvenir. Si ya era imposible para mí vivir del amor, era preciso que guardara algo entre los pliegues de mi corazón para alimentarme del recuerdo.

Le comuniqué a Gilma mi resolución y los motivos que me inducían a llevarla a cabo. Al principio lloró mucho: no me comprendía, no me quería comprender. Después se doblegó a mi voluntad, como siempre.

Todo estaba listo para mi viaje. Gilma sollozaba mientras metía en mi maleta todas aquellas cosas de que sólo una mujer se acuerda en esos momentos, más de pronto suspendió su tarea y rompió a llorar con desesperación. Yo la atraje hacia mí, le dí un beso, y tomándola de la mano la conduje a una silla cerca de la mía.

— Escucha, Gilma— le dije.— Yo era un enfermo; más todavía, era un muerto. En la plenitud de la vida, cuando todos los hombres aspiran al triunfo y a la gloria, ya la esperanza había doblado sus alas blancas dentro de mi pecho y había lanzado su último suspiro al ver las injusticias del mundo y convencida de que era inútil luchar contra esa fuerza superior que dirige el destino de los hombres. Entonces comencé a pensar en una mujer salvadora, distinta a todas las que había conocido, animales bonitos que alzaban su voz de pasión en ese grito inmenso de la naturaleza. En mis sueños de enamorado yo formé, no su cuerpo, que para los enamorados como yo, es cosa secundaria, sino los pétalos de la flor que yo le deseaba por alma. Cuando vi que aquella mujer no aparecía y que su última esperanza comenzaba a marchitarse dentro de mi corazón, pensé en el suicidio. Pero, para qué? , me dije. Era un trabajo inútil y después de todo lo mismo daba.

Fue entonces cuando te vi por primera vez. Al pronto no hice caso de tí. Será una de tantas, pensé; pero después, cuando a través del cristal de tu pupila principié a adivinar tu alma, principié también a pensar que tú podrías ser ella, la mujer soñada, la mujer impalpable que llevaba en mi imaginación.

Lo demás tú lo sabes tan bien como yo. La mujer de carne y hueso ha superado largamente a la mujer de humo; he sido tan feliz que la dicha me ha rebotado por los poros y la felicidad es, también, un veneno que mata con una agonía más lenta y más amarga que el mismo dolor: ese veneno se llama el hastío. Ya sus primeros soplos comienzan a helar mi corazón y nuestra separación mañana quizá sería demasiado tarde.

Resígnate, pues, pensando en lo mucho que nos hemos amado y que hemos alcanzado la dicha de encontrar sobre la tierra la personificación del ideal que nos habíamos forjado. Piensa que ya en nuestras horas de dolor tendremos un recuerdo dulce y puro que nos refrescará el alma trayéndonos perfumes de atrás, olores del pasado.

El vapor pitaba tristemente llamando a los pasajeros y yo me levanté y tomé la maleta. Ella se abrazó a mí llorando y yo la aparté suavemente y bajé la escalera con precipitación: sentía que me

arrancaban el alma. Ya en la calle oí de nuevo sus gritos y tuve deseos de volverme y enjugarle las lágrimas con mis besos, pero pensé en el porvenir y me sentí fuerte. Llegué a la playa y tomé un pequeño bote para que me condujera a bordo. Cuando pisé la cubierta del vapor, vi a Gilma en la playa que caminaba de un lado a otro con los cabellos en desorden, como una loca. Levaron anclas. El vapor comenzó a andar y la costa donde dejaba mi corazón y mis dichas todas fue azuleando, fue azuleando detrás de las ondas que rompía la proa del buque, hasta que se borró por fin entre las sombras de la noche que caía. ¡ El sacrificio estaba consumado! . . .

Me he salvado, querido amigo, porque mi vida antes vacía tiene hoy un objeto: llorar la muerte de la mujer ideal; me he salvado porque antes me moría de hastío y hoy me muero de dolor.

Si mañana, cuando ya tenga la cabeza blanca y el corazón helado, el Destino me pone frente a ella, habrá completado la obra que yo comencé, porque nuestras manos frías y rugosas se buscarán para recordar con trémulos apretones la dulce historia de nuestra juventud, el amor único, el sol sin ocaso, el ídolo que no rodó por el polvo.

NOTA BIBLIOGRAFICA:— *Alma Enferma* apareció por primera vez en *El Heraldo del Istmo*, revista ilustrada, Año II, número 39, correspondiente al 15 de agosto de 1905, páginas 117, y 118. Estaba dirigida por Guillermo Andreve.

EL BAILE DE MASCARAS

- Sí, si me llevarás. . .Verdad, querido Armando?. . .

— Vamos, no seas tonta. Cómo va a ser que la esposa de Armando Conde vaya a un baile de máscaras público?. . . Tú estás loca de remate.

— Pero, hombre, quién me va a conocer con mi vestido ancho de clown y mi cara empolvada? — dijo Emma con una vocesita llorona de niña mimada. — Ve: tú irás con un frac encarnado, unos pantalones crema, unas botas altas de charol, el fueite terrible de los empresarios de Circo y unos bigotazos que me van a dar miedo. Si te digo que ni mamá nos va a conocer cuando nos vea.

— Todo será, pero ya sabes que no quiero que me hables más de ese asunto — dijo él con mal fingida severidad.

Emma rompió a llorar dolorosamente, como un pequeñín a quien le quitaran la esperanza de un paseo largamente esperado, y entonces Armando, haciéndose el distraído, tomó el sombrero y abandonó la casa tarareando una canción.

No podía, no quería transigir con lo que le pedía su esposa. Era un capricho que le pasaría pronto, como tantos otros, y cuando él volviera de la calle la encontraría alegre ya, sin acordarse para nada del disfraz. Cómo iba él a llevar a Emma a un baile de máscaras de tal naturaleza, donde suceden tantas cosas?. . . La gente la tomaría por una. . . por una mujer cualquiera, por una de las del montón. Nó, nó; eso no estaba bien. . .

Pero. . . Y si ella se aferraba a su idea, qué iba a hacer?. . . Pobrecita Emma: Era tan inocente y tan buena!. . . Y, además, qué peligro podía haber yendo él a su lado con aquel fueite enorme de empresario de Circo, con el cual mediría las costillas de cualquier atrevido que se permitiera mirarla de una manera inconveniente? Si; pobre Emma; si ella seguía llorando, debía transigir. Sus hermosas

pupilas iban a perder su extraordinario brillo para tornarse en unos de aquellos ojos turbios, fríos, empañados por el dolor y las lágrimas, que se miran en los rostros de las mujeres y de los niños que lloraron mucho. . . Luego. . . ¡había tanto tiempo por delante! . . . Sí: le diría que estaba dispuesto a llevarla y después. . . él sabía lo que debía hacer.

Cuando, pasadas dos horas, entró a su casa, encontró a Emma llorando todavía. Se acercó silenciosamente a ella y le tomó con cariño una mano.

— Vamos, tontita, — le dijo, — no llores más que te vas a poner fea. Sé juiciosa y cuando te rías. . .

Emma alzó el hermoso rostro anegado en lágrimas y una sonrisa húmeda, como esos rayos de sol que penetran a través de los aguaceros, brilló en su boquita escarlata y abultadita de mujer voluptuosa.

— Y me llevarás entonces al baile de máscaras, Armando? . . .

— Sí, te llevaré, pero si me prometes mucho juicio.

— ¡Ay, Armando, qué bueno eres!. . . — Dijo Emma. Y se levantó y besó a su esposo entre saltos de inocente alegría. — Sabes que ya no te iba a querer más?. . . Sí: ya no te iba a querer más, por malo; y si no me hubieras dado permiso, yo me habría disfrazado con el sastre de la esquina, ese que se parece a Mr. Clark, el empresario de Circo.

— Vamos, Emma, no seas tonta. — dijo Armando con tono severo. — Ya sabes que si sigues hablando esas cosas te llevo a la Quinta y adiós fiestas y baile de máscaras. . .

— No, señor Armando, no tenga usted cuidado para lo sucesivo; se me había olvidado que era usted tan celoso. . . Pero, hombre de Dios, cómo crees tú que voy a cambiar a ese sastre de la esquina, tan feo y tan viejo, por mi maridito que es tan buenesito y tan simpático? . . . No faltaba más.

Y entonces, como si se acordara de algo muy importante que había olvidado, corrió y de un armario sacó un hermoso vestido de payaso, adornado con enormes botones plateados y estrellas de lentejuelas de oro. . .

— Pero, de dónde has sacado eso, Emma? — preguntó Armando riendo.

— ¡Ah! . . . Yo lo había mandado a hacer a la modista y le había dicho: “Cuando usted pase la cuenta al señor, pone: por una bata de seda para señora. . .”

Y entonces se abrazaron tiernamente, como si fueran dos hermanos, como pudieran abrazarse padre e hija. . .

Emma de Vivarronda era muy joven; sólo tenía diecisiete años. Niña aún, perdió a su padre y doña Sara de Limendoux, su madre, reconcentró en ella todo el amor que antes compartía entre su esposo y su hija. La niña, aunque mimada y satisfecha en todos sus caprichos, creció lejos de todos aquellos regocijos infantiles, ajena a las amistades de amiguitas de la misma edad, tan necesarios en la infancia. Sus días se deslizaban tristes, monótonos, como esos paisajes que se miran desde los ferrocarriles a través de los vidrios empañados de frío, en las mañanas de nieve. Cuando el sol estaba ya alto, bajaba al jardín con el aya, y allí corría y corría detrás de una mariposa, hasta que el insecto volaba por encima de la tapia del jardín, dejándola con los ojos muy tristes, con la boquita muy abierta. Después subía a dar sus lecciones con la institutriz, una inglesa flaca y larga como una espina, una mujer fría y antipática que nunca le hizo una caricia, que jamás le dio un beso. Por la noche venía su amigo. Su visita se había convertido en una obligación; era una cosa indispensable. Era el único rato del día que tenía para Emma un poco de atractivo, porque don Armando era muy bueno y le llevaba juguetes, le llevaba pastillas. Después fue creciendo y la niña comenzó a tornarse en una mujer encantadora.

Don Armando seguía visitándolas con la misma asiduidad de siempre. Cuando en las noches, a la luz de la lámpara, se ponía a leer algunos de aquellos cuentos llenos de fantasmas y de gigantes monstruosos, Emma, llena de miedo, iba acercándose silenciosamente, como si buscara una protección en el pecho de su amigo. Y Armando Conde, el viejo libertino de naturaleza gastada, se sentía mal, muy mal, adivinando la delicadeza de aquellas formas turgentes que se revelaban contra la tiranía de la tela, sintiendo en su piel fría el roce de aquellas carnes aterciopeladas y tibias de virgen pletórica, aspirando el perfume que emanaba de aquella sangre ardorosa que él conocía, porque era la sangre de su amigo, la misma sangre de su compañero de orgías, muerto prematuramente. . .

Y sufría cada vez más. Aquella fiebre que lo devoraba subía y subía, alimentada por la belleza y el abandono de Emma. En sus insomnios se confesaba que aquello no podía continuar de ese modo.

Sí; él debía hablarle seriamente a Doña Sara, manifestándole cuál era el verdadero sentimiento que le inspiraba su hija, y pedírsela por esposa. . .

Doña Sara lo escuchó con los ojos muy abiertos, sin poder ocultar su sorpresa. Después, un gozo que se le salía al rostro, le llenó el corazón, porque se sentía feliz, con aquella felicidad de la madre que ve realizado un porvenir que soñó para su hija. Emma, pensaba doña Sara, tiene, por fuerza, que ser feliz con mi viejo amigo que siempre luchó por sacar a mi pobre esposo de la senda errada que llevaba y la cual lo condujo a la muerte. Porque Armando Conde era uno de aquellos libertinos hipócritas que no tienen ni el valor suficiente para confesar sus vicios ni la fuerza necesaria para dominar sus ímpetus, y que aparecen siempre a los ojos de las madres y las esposas como los ángeles salvadores, como buenas ovejas que tratan de encarrilar a los demás por la senda del bien y de la virtud.

Emma aceptó contenta: no comprendía bien aquello de matrimonio, pero el amigo que siempre le llevó dulces y juguetes le seguiría llevando trajes y golosinas. . .

Y así fue. Armando andaba siempre cargado de paquetes, satisfaciendo las exigencias de su mujer que cada día tenía un nuevo capricho. Emma estaba feliz. Se sentía satisfecha en sus antojo de niña y en su vanidad de hembra bonita. A veces, en sus delirios de mujer tórrida, sentía deseos de fatigarse, de correr, de bailar; sentía necesidad de goces desconocidos que aplacaran unas ansias que ni ella misma llegaba a explicarse. Y por eso cuando Armando Conde le contó una noche, entre caricias, las aventuras que corrió en compañía de su difunto padre en un baile de máscaras, las aventuras misteriosas, los lances imprevistos que nunca gustó, pero que ya había imaginado con su imaginación viva de niña, en el hervir de la sangre perversa que llevaba en las venas.

Cuando Armando la dejaba sola, corría al armario, sacaba el vestido y comenzaba a cambiarle las lentejuelas de un lugar a otro, donde ella pensaba que serían de más efecto, y cuando concluía aquella tarea, que era casi diaria, se ponía el disfraz y se cuadraba adelante del espejo, ensayando movimientos ridículos y gestos grotescos con su carita picaresca de clown adorable.

Armando andaba preocupado. La fiebre que se había apoderado de su mujer le tenía lleno de miedo. Conocía su temperamento, se acordaba de los arranques de su padre, y temía por los gérmenes funestos que aquel baile de máscaras pudiera dejar en el alma de

Emma. No; no la llevaría: era una locura, tal vez un crimen, del cual tendría que confesarse culpable. Pero. . . cómo hacer? Decírselo era imposible; en eso no había que pensar. Mejor sería dejarla en su idea y luego, la noche temida, él saldría prometiéndole volver enseguida y regresaría muy tarde. Emma lloraría mucho y acabaría por quedarse dormida.

La noche llegó al fin. Armando estaba nervioso; no sabía por dónde principiar. A cada rato preguntaba Emma:

— Ya, Armando, me visto ya?

— No, espérate; aún es temprano.

Al fin se decidió y tomó el sombrero.

— Dónde vas, Armando? preguntó Emma asombrada.

— Voy. . . aquí. . . Ahora vuelvo. Voy a ver si encuentro un antifaz bonito para tí.

— Bueno, anda pronto. Yo me vestiré entre tanto.

Armando se detuvo.

— No — dijo — No hagas nada hasta que yo regrese. Ya sabes: te lo prohibo. . . — y salió.

— Ajá, te lo prohibo. Veremos qué cara pone el señor cuando regrese y me encuentre lista—, se dijo Emma.

Y comenzó a ponerse su hermoso vestido de payaso. Luego se pintó con albayalde de punta de la nariz y con carmín las mejillas y la barba, se recogió el rubio y abundante pelo bajo el cono blanco de carbón y quedó convertida en un clown admirable, en un payasito encantador, irresistible.

A despecho de la flojedad de la seda, las formas se determinaban amplias, firmes, haciendo presentir delicadezas de mármolrosa esfumadas hábil y maliciosamente. . .

El tiempo corría. A lo lejos se escuchaba la música del baile, la música del baile de máscaras y el bullicioso clamoreo de la mascarada que se divertía.

Pasó una hora, pasaron dos y Emma estaba impaciente y caminaba de un lado a otro. Se asomaba al balcón, salía hasta la escalera y nada, Armando no aparecía; comenzó a llorar desesperadamente, y había una cruel ironía en aquella carita de clown pintada, que lloraba dolorosamente con un llanto grotesco que hacía reír.

De repente se irguió y se secó las lágrimas. Un pensamiento maligno le había venido a la mente: Armando se había querido burlar de ella cuando le dijo que no se alistara hasta que él volviera, y ella debía vengarse.

Ya sabía lo que iba a hacer, y después de asomarse al balcón por última vez para escudriñar la calle oscura, corrió con precipitación por la escalera e ingresó en una tropa de Polichinelas y Arlequines que pasaban gritando alegremente, porque quería correr y saltar hasta caer rendida de fatiga, porque quería aplacar unas ansias secretas, que ni ella misma llegaba a explicarse, porque quería buscar en el baile de máscaras las aventuras misteriosas, los lances imprevistos que nunca gustó, pero que había imaginado en su imaginación viva de niña, en el hervir de la sangre perversa que llevaba en las venas.

NOTA BIBLIOGRAFICA: — *El Baile de Máscaras*, fechado en 1905, aparece por primera vez en el *Almanaque Istmeño Ilustrado* para 1906, páginas 52 a 56, editado en la Tipografía Chevalier, Andreve & Cía. Con el título de *Atavismo* (de un ensayo de novela), aparece en la revista *Nuevos Ritos*, Año 1, número 23, correspondiente al 1 de Enero de 1908, página 552 a 554.

LA LIMOSNA

En estos admirables países de Europa todo el mundo pide limosna. Sólo que hay distintas maneras de pedirla y que la limosna toma diversas denominaciones, según el lugar donde se da y la persona que la suplica.

La pide el cochero con la solicitud con que nos abre la portezuela, chistera en mano; la pide el barbero en la amabilidad femenina con que nos cepilla el cuello de la americana; la pide la florista en la indefinible sonrisa con que nos coloca un clavel en el ojal del frac; la pide, en fin, la Margarita Gautier de precio convencional, en el hábil mimo con que nos lleva hasta la mesa de la cena.

A nosotros, pobres muchachos americanos, un tanto primitivos y un poco selváticos, nos lastima esa flexibilidad dorsal, esa elasticidad espiritual, y desnudando la sonrisa o la genuflexión, alargamos la mano, creyendo remediar una necesidad, cuando no hacemos sino satisfacer un vicio hecho ley a fuerza de práctica.

Y por esta facilidad en abrir la mano, nos llaman en España "primos" y en Francia de una manera un poco chocante. Qué importa. Entre el alma europea y el alma americana hay un abismo de siglos, y tienen que pasar muchos años antes de que nosotros aprendamos a permanecer impasibles ante una súplica hecha con gesto pavoroso de hambre. Mientras tanto, consolémonos preguntándonos: si a nosotros se nos llama "primos" porque alargamos la diestra ante una súplica, cómo debe llamarse a los que convierten su espíritu en una etcétera para conseguir con facilidad de limosna lo que podrían obtener honradamente por medio del trabajo? . . .

Es imposible que desde América se pretenda adivinar el cansancio, la caducidad espiritual de estos pueblos del Viejo Mundo. Aquí ha sonado hace tiempo la hora terrible de "sálvese quien pueda" y la lucha por la peseta está declarada franca y abiertamente. De aquí que quien la afloja es un "primo" y quien la atrapa es un "listo", sin que importen los medios de que se ha valido para allegársela.

Ser mendigo en estas latitudes es una profesión como otra cualquiera. Por eso no es extraño que a cada rato nos encontremos en la prensa diaria sueltos como el siguiente: "Ultimamente han sido recogidos por la autoridad cuarenta y ocho mendigos en la vía pública. Entre ellos había uno que disfruta de una renta diaria de quince pesetas, producto de sus propiedades. ¡Cuántos militares de alta graduación y cuántos empleados de alta jerarquía en el orden judicial se considerarían felices y vivirían decentemente con esta renta! . . .

Pero, como no sabemos cuándo el mendigo es falso y cuándo es auténtico, tiene uno, de remate, una sensibilidad un poco fuera de moda por estos lugares y resulta que seremos "primos" por los siglos de los siglos.

Una noche de la pasada Primavera regresaba del Paralelo en donde había asistido al estreno de una nueva obra de Viérgol, el autor de *Las Bribonas*. La pieza, titulada *El Cisne de los Embajadores*, es una de esas obrillas "educadoras", llenas de enseñanzas para el futuro (o para el presente) y con su finalito moral y todo eso. Un chaparrón inesperado —de esos que son cosa corriente en esta saludable Barcelona, donde ocurrían en el pasado invierno de ciento a ciento veinte defunciones diarias— me hizo buscar refugio en el portal de un café cantante. Iba yo a entrar atraído por la voz alegre de las castañuelas, cuando mi curiosidad reparó en el elenco, expuesto en un grande y negro tablero. "Bailadoras: —decía— la Lunares, la Delirio y la Despiparren. Tocaos: el Tripa".

Instintivamente me llevé la mano al reloj y me cerré herméticamente la americana y desistí de entrar, ya que por lo pronto la lluvia no me permitía abandonar mi provisional guarida. De pronto, se cuela corriendo en el hueco de la puerta donde me encontraba una Mimí del arroyo, rubia como una candela, y llena de agua y de lodo.

—Qué hay, chico, cómo estás? . . .—dice.

—Conmigo? —pregunto yo sorprendido.

—Con quién va a cé, arma mía, con er Nuncio Apostólico?

A mí me hace gracia la familiaridad cartagenera con que me trata la prójima.

Yo estoy bien, gracias —le respondo.

—Llueve mucho, eh? — y se me aproxima.

—Parece —respondo yo.

—Como que parece? . . . ¡Guazón! . . .

Y entonces caigo en la cuenta de que, desde que me han hecho el honor de elevarme a la categoría de pichón de diplomático, las frases definitivas, rotundas, irrevocables, son cosa ajena a mi vocabulario. En lugar de “sí” o “no”, ya acostumbro decir: “me parece”, “puede ser”, “seguramente”, que estimo lo más práctico para quedar de la noche a la mañana chapado de Bismark de ocasión.

—Mira— dice mi compañera forzosa— quieres convidarme a tomar café?

—Lo acabo de tomar, chiquilla— miento yo.

—Entonces— dice ella, levantando su pie a lo alto de una cornisa y subiéndose hasta más arriba de la rodilla la media que se le había caído en la carrera —dáme diez céntimos para tomarlo yo. Ves: tengo quince céntimos; pero son para dormir y me hace falta para café.

—Gracias— dice ella apretándome la mano, y se cuela zahurda adentro.

Aún pienso, caminando, en la tormentosa vida de la Mimí de género ínfimo, cuando un nuevo mendigo me sale al paso en forma de francés.

—Monsieur: vous parlez français?

—Yo? . . .ca, hombre ca. . .

— Mi tipo se resuelve a descender hasta nuestro modesto castellano y dice con voz de melodrama:

—Yo soy extranjero, señor.

—Tú extranjero? . . . ¡Choca esa mano, camarada! . . .

El francés, un poco amostazado, no quiere creer en el honor que le dispenso.

—No tengo trabajo, señor —agrega.

—Aprieta, camarada, aprieta —le digo yo.— “La misma es nuestra pena”

El francés está corrido; y eso que es francés.

—No he comido, señor.

—Afloja un poco, afloja un poco. . .Si yo me. . .Bueno, si yo hiciera el tonto como tú, tampoco hubiera comido.

—Con diez céntimos yo tendría suficiente.

—Suelta la mano —le digo— suelta la mano, que yo no puedo resolver el problema tan fácilmente.

Y el pobre francés se deshace en genuflexiones provocadas por diez céntimos; y es que por aquí son muy baratas las genuflexiones en francés, en alemán, en italiano, etc.

La lluvia ha cesado, pero de cuando en cuando vienen ráfagas asesinas que me hacen estornudar ruidosamente. Algún vigilante cruza en las sombras rápidamente. Y su silueta fantástica de larga blusa negra y el ruido que producen sus fuertes llaves de hierro al caminar, evocan el recuerdo de aquellas sombras de los cuentos macabros que arrastran en el silencio de la noche pesadas cadenas de hierro.

Al llegar a la Rambla de Cataluña, una viejecita me sale al encuentro.

—Una limosna, señorito —musita la vieja.

—.....

—Gracias, señorito. ¡Que Dios le aumente la caridad!

Y llegué a mi casa pensando en el santísimo deseo de la abuelita. ¡Que Dios me aumente la caridad!. . . ¡Si me aumentara el sueldo!.. Pero, ca; Dios no se mete en estas porquerías de presupuestos de las repúblicas americanas, en donde todavía andan con plumas y taparabos.

NOTA BIBLIOGRAFICA:— *La Limosna* apareció por primera vez en la revista *Nuevos Ritos*, Año III, número 55, correspondiente al 1 de diciembre de 1909, en las páginas 189, 190, 191 y 192.— Estaba firmado en “Barcelona, 1909, Rosellón 211”.

BAJO LA NIEVE

Caminaba con prisa, aguijoneada por el frío, con aquel paso grácil y lleno de elegancia de la modistilla española. Las mujeres se volvían para verla y los hombres la requebraban inútilmente, porque ella seguía impasible, mirándolo todo sin fijarse en nada. Los menos curiosos se volvían a su paso, porque tras de ella quedaba un hálito de mujer joven, limpia y sana, con tenues reminiscencias de violeta.

Al desembocar de la Calle de Pelayo a la Plaza de la Universidad se detuvo súbitamente: hacia ella avanzaba un joven, de apostura elegante y desenvuelta, baja el ala del sombrero borsalino y las manos metidas entre los bolsillos de su ancho abrigo de última moda. Caminaba abstraído, con la cabeza baja, como si lo embargara una honda preocupación.

— ¡Manolo! . . .

— ¡Rosario! . . .

Y los dos jóvenes se aproximaron, bajo la impertinente curiosidad de los transeúntes. Manolo estaba un poco pálido y agitado; Rosario un poco triste. . .

— ¡Qué puntual fuiste el Domingo, Manolo! . . .

— Qué quieres que te diga? No te acuerdas del tiempo que hizo? . . . A las tres de la tarde llovía un poco. . .

— Sin embargo, yo salí y anduve como una tonta por esas calles. . . Antes me hubieras esperado hasta bajo la nieve. . .

— Si no hubiera estado mal, si no hubiera tenido fiebre, me habría importado poco el agua; pero estuve muy constipado el sábado y el domingo. . .

— Eso es mentira; te lo conozco; tú no puedes engañarme. Lo

que sucede es que ya no me quieres. . . —Y los ojos de Rosario se humedecieron ligeramente.

— No te pongas tonta, mujer, que la gente nos mira. . .

— Y qué me importa a mí la gente? . . . Acaso me da vergüenza que sepan que te quiero? . . . Eso a tí. . .

— No, a mi no; pero no está bien. . .

Las gentes pasaban dirigiendo miradas impertinentes a la enamorada pareja y algunos sonreían con una sonrisa maliciosa.

Manolo quiso terminar aquella situación, y dijo:

— Quieres que vayamos a Casa Moritz a beber un vermouth? . . .

Rosario asintió con la cabeza y se pusieron en marcha, en silencio:

— Entramos al salón o vamos al jardín, Rosario? . . .— preguntó Manolo al llegar.

— En el jardín hace mucho frío. . . Para qué queremos más?

Entraron despacio y silenciosamente.

Rosario se despojó de su abrigo negro, con puños y cuello de terciopelo del mismo color. Un camarero vino a ayudarla, mientras Manolo se quitaba el suyo. . .

Se sentaron frente a frente, sin desplegar los labios. Ante los dos, adornaba el muro un gran lienzo representando a Napoleón, en pie, haciendo centinela frente al soldado dormido. Rosario le dirigió una larga mirada triste. Era aquel un cuadro que le traía recuerdos de épocas mejores, las épocas pasadas que son siempre más felices.

Viéndola distraída, Manolo fijó en Rosario una mirada examinadora.

Llevaba el cabello cuidadosamente rizado y una ancha cinta de terciopelo negro le cruzaba la cabeza, ocultándose detrás, debajo del moño. El pelo sedoso, partido en dos, le bajaba de la frente, rosándole las cejas, negras y finas, como dibujadas, y cubriéndole las orejas. Los ojos grandes, velados de pestañas larguísimas, tenían

El busto firme y erguido que él conocía. Y entonces se fijó: Rosario llevaba traje nuevo.

Su amor agonizante pareció agitarse y sintió celos y cólera. Rosario era guapa y estaba muy elegante. Cómo pudo haber conseguido aquél traje? Y con la frente en la mano, quedó pensativo.

El camarero, que había esperado largo rato, interrumpió:

-- Desea usted algo señorito?

-- Si. . . Traiga vermouth.

-- Con aceitunas?

-- Sí. . .

-- En qué pensabas, Manolo?

-- En nada. Veía que llevas traje nuevo.

-- Ya casi es viejo: sólo que como nunca nos vemos! . . .

-- Y cómo lo conseguiste?

-- Toma, como los consigo todos cuando tú no me los regalas.

-- De manera que lo has comprado con tu dinero?

-- Sí. . .

Y en la voz de Rosario había una vacilación delatora y en sus ojos pugnaba por brotar una lágrima.

-- Mientes, mientes. . . Ese traje te lo han regalado. . . Te lo ha regalado algún nuevo querido que tienes.

El rostro de Rosario estaba rojo como una dalia y sus ojos llenos de lágrimas.

-- Si eso fuera cierto, nada tendría de raro -- dijo provocadoramente.

— ¡Qué desvergonzada te vuelves!. . . Me das asco con ese aire de cocot barata que vas tomando.

Rosario bajó la cabeza y comenzó a sollozar amargamente y ahogada por el llanto, dijo:

— Si no me quieres ya, por lo menos no debías ultrajarme.

Lo dijo tan sinceramente, tan conmovedoramente, que una lágrima brilló al instante en los ojos de Manolo.

— Rosario — dijo tomándole una mano — me perdonas, tonta? No ves que sí te quiero y que tu pena me ha hecho llorar? . . .

~~Rosario levantó la cabeza y dijo: "Manolo, ¿qué me quieres?"~~

— Levántate para ver cómo te sienta.

Rosario se puso en pie y dió vuelta bajo la mirada escrutadora de Manolo. Efectivamente, era una real hembra aquella muchacha de dieciocho años, fragante y fresca como una rosa y voluptuosa como una paloma. Para cualquier estudiante exigente, aquella modistilla sevillana era el tipo de la queridita ideal; pero para Manolo Rosas, que la conocía hasta la saciedad, no era ya sino una muchacha cargante, que quería mansamente, sin reservas, sin rebeldías, sin sombra de infidelidades estimulantes, con un amor que hartaba y que irremediamente tenía que llegar al hastío.

Sin embargo, él no era cruel y no quería demostrarle brutalmente que estaba aburrido, y como Rosario lo veía con una mirada ansiosa y llena de ternura, un vago y melancólico recuerdo de los días felices que había pasado con ella le embargó. . .

-- Sabes que estás muy elegante, Rosario? . . .

- Y sin embargo, nunca puedo verte. . .

— Y si supieras que todavía te quiero! . . .

— ¡Todavía! . . .

— Bueno: cómo se te ha metido en la cabeza que ya no me gustas? . . .

— No sé. . .Algún día tenía que ser. . .

— Te pones tonta. . .Oye: quieres que nos veamos esta noche? . .

— Sí. . .

— A qué hora? . . .

— A la hora de siempre. . .Pero observa que hace mal tiempo. .

¡Y como ya no te puedes resfriar por mí! . . .

— Calla, mujer, y vámonos.

Y se levantaron tristemente, con la callada melancolía de dos amantes que se quisieron mucho y que de pronto, sin saber por qué, ven que su amor se acaba lentamente, sin poderlo evitar, como se apaga una lámpara que consume todo su aceite. . .

-- Adiós, pues, y sé puntual, eh? . . .

— Sí: hasta las siete. . .

Manolo se había quedado viendo a Rosario, que se alejaba, Calle de Muntaner arriba. De tiempo en tiempo, la modistilla volvía la cabeza para mandar a Manolo una sonrisa, hasta que al fin se ocultó por una de las calles transversales. Manolo entonces, sonrió desvergonzadamente, con una sonrisa de desprecio, y se puso en marcha hacia la Plaza de la Universidad, nuevamente.

Marchaba abstraído cuando, al entrar a la Calle de Pelayo, casi en el mismo sitio donde se encontró con Rosario, una voz femenina lo llamó:

-- ¡Manolo! . . .

-- ¡Lulú! . . .Chica, no esperaba verte ahora. . .

-- Pero, qué te pasa, hombre? . . .

Manolo estaba rojo y el corazón le palpitaba fuertemente.

-- Nada, mujer, que venía distraído y me has sorprendido. . .

-- Y a dónde marchas? . . .

-- Toma: a casa, a almorzar. . .

-- Chico, estás poco galante. Otro que no fuera tú me hubiera dicho que donde yo quisiera. . .

-- Si sabes que eso lo puedes mandar tú. . .

-- Entonces, convídame a Casa Moritz a beber un vermouthe.

-- Pues vamos. -- dijo Manolo, que se había puesto un poco pálido pensando en un imposible encuentro con Rosario.

Los jóvenes marchaban, asediados por la impertinente curiosidad de los transeúntes, que adivinaban en todo aquello un lío amoroso.

Lulú era guapísima y elegante, con elegancia de cocot aristocrática. El pelo en artístico desorden, se resolvía en grandes mechones con reflejos de oro pálido bajo su gran sombrero de fieltro blanco, cuya ala era por la parte baja de un hermoso azul eléctrico que hacía bellísimo fondo a su fresca y juvenil cabeza llena de oros y de rosas.

Vestía un traje "sastre" de lana blanca, con una falda de abotonar a la derecha, y que Lulú llevaba abierta, en tres botones, para lucir el pequeño pie, divinamente calzado, y la pierna forrada en una polaina bordada y sujeta con broches de oro. Completaba su indumentaria un gran manguito de pieles, que ella llevaba por lujo, al descuido, en una mano, como para que las amigas vieran que no le habían hecho falta los quinientos francos.

Lulú hacía todo el gasto de conversación. Hablaba, se reía, y accionaba con ademanes exagerados de muchacha rica, que no se da cuenta de que fuera de ella está el mundo. Manolo la escuchaba un poco embarazado y un poco triste. . . Al llegar a Casa Moritz preguntó tímidamente:

-- Vamos al Jardín o entramos al Salón? . . .

-- No, chico, qué Salón ni que nada. . . icualquiera se piensa, oyéndote, que voy desnuda! . . .

Al entrar, los camareros se miraron y se hicieron guiños inteligentes. Indudablemente, aquel pollo era un Don Juan con fortuna.

— Qué desean los señoritos? . . — interrogó un camarero.

— Dos vermouths.

— ¡No, hombre! . . ¡Quién bebe vermouthe! . . Traiganos coñac Domec. . . — Y luego, a Manolo: — Se dice “beber el vermouthe” porque es la frase, pero uno bebe luego lo que cae. . .

— Escuche, camarero: no nos traiga agua, sino seltz. . . Ya ves, chico, como te soy fiel: me enseñaste a beber coñac, y coñac con sifón, y no bebo otra cosa. Y te aseguro que la moda prospera. Todo el que me queda al lado se aficiona. Dentro de dos años, nadie beberá en Barcelona el coñac con agua sino con sifón. Como que Moritz te va a erigir una estatua por la propaganda que le haces. . .

Manolo había perdido toda su personalidad y, tímido y abatido, estaba suspenso de los labios burlones de Lulú. Recordaba cuando la conoció en aquella lujosa zapatería de la Calle de Fernando. Ella le había tomado el pie, lo había afirmado sobre su pierna, y le había calzado la bota, y la abotonó luego, con naturalidad, como quien cumple con un deber. Pero él no quitó el pié. Entonces ella levantó la cabeza y fijó en él los ojos. Se miraron y se sonrieron, casi riéndose. Ella era hermosa y descarada. El guapo y cínico. Se habían encontrado.

Después, diez o doce pares de zapatos en su cuarto, debajo de la cama; colecciones de cepillos y cremas y, en fin, un casi traslado de la zapatería a su casa, mediante un puñado de billetes de veinticinco pesetas. Algunas salidas con Clotilde, verdadero nombre de Lulú; el recuerdo de algún beso furtivo y nada más, porque la muchacha era resbaladiza, quebradiza, como el azogue, y se le salía de las manos cuando más segura la creía, y todo ello con grandes carcajadas burlonas que lo exasperaban más porque le quitaban la esperanza de una futura victoria. Y poco a poco, Lulú había ido dominándolo, hasta que llegó un momento en que él empezó a creer que no era el hombre que ella necesitaba.

Una tarde, como de costumbre, entró a la zapatería. Una compañera sonrió, al verlo, con una sonrisa de burla.

—Dónde está Lulú? . .

— Se conoce que está usted de broma, eh? . .

— No comprendo por qué lo dice usted. Es que no ha venido hoy? . .

— Cómo quiere usted que venga, hombre? . . .
— No la entiendo. . .
— Pues me parece que no nos vamos a entender si se empeña usted en hacerse el inglés. . .
— Es que está Lulú enferma? . . .
— Y de gravedad, hijo. . .
— Desde cuándo? . . .
— Pero quiere usted decir que no fue usted quien se la llevó anoche y quien la tiene en el Hotel Inglaterra? . . .

Manolo se puso intensamente rojo, como si le dieran de bofetadas, ante la noticia y el tono burlón de la muchacha, quien prosiguió:

— A mi me dijeron que se la había llevado el Conde de Montemar, pero yo no creía que ella se marchara con un viejo asqueroso dejando plantado a un joven guapo como usted.

— Pero, es cierto eso, Pilar? . . .
— Hombre, si quiere usted detalles, pregúntelos al portero del Hotel Inglaterra. . .

Y Manolo salió disparado, sin despedirse. Cuando llegó al Hotel Inglaterra, le dijeron que la joven en cuya busca iba acababa de salir en automóvil y que no volvería al Hotel. Después supo que vivía en un elegante piso de la Calle Roger de Flor; pero cuanto hizo por verla fue inútil.

Una noche, en las Ramblas, oyó una voz femenina que lo llamaba. Volvió la cabeza y vió una joven elegantísima que le sonreía.

— ¡Clotilde! . . .— exclamó.
— No me llames así, chico, que ese es un nombre de dependienta: ahora me llamo Lulú, que es más mundano.

Y como quedaron sin saber qué decirse, ella rompió:

— Mañana a la una nos veremos en Casa Moritz para beber el vermouth. No faltes.

— Escucha, Clotilde. . .
— Tengo prisa. . .
— Bueno, adiós! . . .
— Adiós. . .

Manolo comenzó reprochándole su ingratitud y ella le inte-

rrumpió:

— Si principias así, me marchó. El Conde me compró una Torre en el Tibidabo, me puso veinte mil pesetas en el Crédito Lyonnais, me puso un piso muy elegante y un automóvil a la puerta. Estamos? . . .

Manolo cayó bajo la fuerza aplastante de aquél argumento.

Después pasaron varios ratos juntos, de tiempo en tiempo, cuando la casualidad los ponía en la calle frente a frente, y conversaban de cualquier cosa por conversar. Manolo subrayaba las frases con suspiros y Lulú acotándolas con sus eternas risas de burla. Esta vez contaban muchos días de no verse.

Lulú preguntó:

— En qué piensas, chico? . . .

— En nada. . . Recordaba todo lo que ha sucedido desde que te conocí. . .

— Pero es que te empeñas en ser tonto? . . .

— ¡Si no te quisiera! . . .

— Mas cuenta nos tendría a los dos.

— Y ya verás como acaba esto.

— Qué, te vas a suicidar? . . . Buena imbecilidad, porque pudiera ser que yo te quisiera mañana, o dentro de un mes, o de un año. . .

Pero si te matas, tú dirás. . . Luego, me darías una broma muy pesada teniendo que llevarte flores todos los domingos. . . ¡Es tan indecente el camino del Cementerio del Oeste! . . .

— Te burlas, eh? . . .

— Pues es claro, hombre, si eres tan animal. . .

Manolo suspiró amargamente y dijo a Lulú:

— Párate, mujer, para ver el traje que llevas.

— De Paquín, chico. . . Hoy lo estreno, ya ves. — Y se puso en pie y dió vuelta bajo la mirada examinadora de Manolo.

Francamente, Lulú era divina, escultural y primaveral, con un marcado aire de cocot aristocrática. Manolo la miró con embeleso, y le dijo:

— Pareces una Marquesa.

— Tú crees que soy guapa, Manolo? preguntó Lulú con interés.

— Claro que sí.

-- Y elegante?
-- Sí.
-- Y crees que puedo competir con cualquier mujer?
-- Sí, mujer,
-- Bueno, pues voy a decirte una cosa, pero no para que la charles, eh? . . .
-- Te prometo callar.
-- Bien; y si charlas, tú pierdes más, porque me pierdes a mí. . .
-- Habla, pues. . .
-- Camarero — llámame Lulú— traiga dos coñacs más. — Y prosiguió: — Debes saber que tengo relaciones íntimas con Pepe Ruiz. . .

Manolo la interrumpió con una mirada de dolorosa sorpresa.

-- Sí. . .qué quieres? . . .Cuando yo me ví con dinero, con comodidades, elegante y guapa, busqué un hombre joven como yo, porque el Conde no me convencía. Pensé en tí, y hasta te busqué, pero como tú no eres oportuno, no apareciste, y llegó Pepe Ruiz y fue para él lo que debía ser para tí. . . El Conde, pues, paga. . .Pepe Ruiz cobra. Sabes?. . .Principié jugando y acabé queriéndolo. . .Pero yo me marché a París, a hacerme la ropa de invierno, y ayer que he regresado me han dicho que él tira, con ese pendón de La Gioconda que trabaja en el "Edén Concert", el dinero que economiza conmigo. Esta noche irá a un lugar donde me convenceré de si eso es cierto, y si lo es, mañana cenó contigo y para entonces te ofrezco muchas cosas. Hace o no hace? . . .

-- Me vas a volver loco — dijo Manolo, besándole la mano.

-- Hoy no: mañana — contestó Lulú sonriendo.

-- Quieres que te acompañe esta noche? . . .

-- No, no; necesito ir sola. . . Y me marcho ya, porque es tarde. . .

-- dijo, poniéndose en pie.

-- Conque ya sabes: mañana, a las nueve de la noche, nos veremos aquí. Si no vengo es que he hecho las paces con Pepe, y entonces espera hasta que yo te escriba. . .Adiós.

-- Escucha. . .

-- No, adiós, que tengo prisa. . .— Y Lulú salió, entre la admiración de algunos parroquianos que ya venían a beber el café.

Manolo se quedó pensativo un rato, saboreando inconscientemente la copa de coñac que Lulú había dejado casi intacta. Después, salió cabizbajo, con las manos metidas en el bolsillo del abrigo.

-- Creí que no vendrías, chico.

— Si apenas son las siete y cinco.

— Es que yo pasé antes y como no te ví, me fui hasta la calle de Casanova.

— Hubo un momento de silencio, mientras se ponían en marcha, a lo largo de la Gran Vía, camino de la Plaza de Tetuán.

— Qué frío hace, camarada! . . . — dijo Rosario, apretándose a Manolo y sonriendo maliciosamente con una sonrisa que sugería la idea de futuros desquites.

— Sí que hace frío, sí.

Efectivamente, los termómetros de las farmacias marcaban 2 bajo 0, y soplaba un vientecillo cortante que se colaba por los cuellos y las bocamangas de los abrigos, produciendo escalofríos. La circulación de gentes por las calles era escasa y los transeúntes pasaban de prisa, envueltos en bufandas, con los cuellos de los abrigos en alto y las manos en los bolsillos. Los tranvías se arrastraban penosamente cargados de gentes que arrostraban el martirio de las plataformas descubiertas, con tal de verse pronto al amparo del hogar. El cielo tenía ese color plomizo que precede a las nevadas y a lo largo de las calles los focos de gas parecían hileras de pupilas turbias de llanto.

— ¡Qué frío hace, chico! . . .

— No te gusta el frío? . . .

— Cuando voy solita por esas calles tan llenas de gente y tan vacías para mí, no me agrada; pero cuando estoy así, cerquita de tí, entonces sí me gusta.

— Hoy te ha dado por el romanticismo, chica. . .

Rosario fijó en su amante una mirada de estupefacción: el tono que Manolo había empleado, era frío y cortante más que el vientecillo de aquella noche glacial.

— Pareces enfadado— dijo con temor.

— Cualquiera tiene ganas de broma con semejante tiempo. Lo menos que se puede encontrar uno en la calle hoy es una pulmonía doble. . .

— Y por qué no nos vamos a la Calle del Príncipe de Viana?

— insinuó Rosario tímidamente.

Manolo pareció no escuchar a la joven. En la Calle del Príncipe de Viana tenían su nido, en una fondita decente, poco conocida,

frecuentada por estudiantes y empleados de poco sueldo. Allí iban a refugiarse por las noches, cuando la modistilla salía de su taller y los Domingos cuando salían del Teatro en el invierno y de los toros en el verano. Y así había transcurrido un año, sin que nada de importancia hiciera preveer el final de aquellos amores.

En silencio, la pareja había llegado a la Plaza de Tetuán, íngtima en aquella noche moscovita.

— Quieres que nos sentemos un rato? . . .

— Sí.

Y se sentaron mudos, con un silencio casi agresivo. Un amargo presentimiento llenaba de lágrimas los grandes ojos soñadores de la modistilla. Manolo había encendido un cigarrillo y miraba las caprichosas formas que tomaba el humo, pensando en Lulú. De pronto tiró el cigarrillo y entornó los ojos. La visión se había hecho clara, precisa, e instintivamente buscó una mano de Rosario. La modistilla sonrió, con una inefable sonrisa de alegría. Indudablemente, ella era pesimista y amiga de agravar situaciones. Manolo la quería, como siempre, y no había por qué temer. Y acariciaba entre sus manos la del estudiante y se restregaba la cara contra ella, mimosamente.

Manolo, en un éxtasis divino, se embriagaba de placer. Se había olvidado completamente de que estaba al lado de Rosario. Palpaba y olía a Lulú, a la imposible Lulú, enamorada y dócil al fin, y la mudez de la escena ayudaba a prolongar el encanto. Y de pronto, estrujando la mano de la modistilla hasta hacerle daño, rompió frenético:

— Te adoro, Lulú de mi alma. . .

Rosario tuvo un momento de dolorsa estupefacción, y al fin, un gran sollozo le llenó la boca. Habían quedado separados, frente a frente, retándose.

— Ya ves, ya ves como me engañabas. . .

Manolo sorprendido, acorralado, se desenmascaró, y dijo:

— Bueno, y qué? . . . Ya lo sabes, pues..

— Si. . . Ya lo sé. . .

— Entonces — dijo Manolo— podemos concluir.

— Sí.

— Adiós.

Rosario no pudo contestar. El llanto la ahogó y con la cabeza sobre el respaldo del banco, comenzó a sollozar amargamente. . . Manolo se había perdido entre las sombras, camino del Paseo de San Juan, y a lo largo de las avenidas y sobre los árboles sombríos comenzaron a caer menudos copos de nieve. . .

NOTA BIBLIOGRAFICA:— *Bajo la Nieve* apareció por primera vez en la revista Nuevos Ritos, Año V, números 118 y 119, páginas 8, 9 y 10.

